



VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS: (8)

CRISIS POLÍTICA Y RELIGIOSA DECISIVA BAJO DOMICIANO

Tras la anarquía de los últimos años de Nerón y de los breves reinados de Galba, Otón y Vitelio, el dominio de los dos primeros flavios –Vespasiano y Tito– supone un progreso decisivo en la provincialización del Imperio y del Senado, con la extensión del derecho de ciudadanía latina a España. Esta tendencia hace posible la reconstrucción del Estado, estimula el progreso económico y cultural y aseguran la paz civil y religiosa.

Durante los treinta años que van del 65 al 94, no se molesta a los cristianos y las distintas Iglesias pueden organizar sus fuerzas, interiorizando y reconociendo cada vez más el carisma apostólico (*un conjunto de dones que Dios ha hecho a la Iglesia*) y penetrando en todos los estratos de la sociedad, incluso los más elevados: como pueden ser el cónsul Acilio Glabrión y a Tito Flavio Clemente y su mujer Flavia Domitila, miembros de la familia imperial.

Es esta también una época decisiva en la formación del Nuevo Testamento: se publican los tres primeros evangelios (Marcos, Lucas y el Mateo griego); se reúnen las cartas paulinas (incluidas las llamadas pastorales, que describen la situación de la Iglesia precisamente en este período); se publican algunas de las cartas católicas (Santiago, Pedro, Judas) y la Carta a los hebreos, percibiéndose en ellas el drama de los judeocristianos, que tendrá un desenlace traumático con la destrucción del Templo y de la ciudad santa.

El período de paz de la época flavia se verá interrumpido sin embargo bruscamente –aunque por poco tiempo– con la persecución iniciada por Domiciano en el año 94. Hacía ya años que el Emperador venía acentuando la tendencia antisenatorial y antiaristocrática–mitigada en Vespasiano y sólo latente en Tito–. Sus pretensiones llegan hasta exigir el título de dominus et deus (*señor y dios*), creando en torno a sí un régimen de sospecha y de terror. Temeroso de conjuras y sublevaciones, y habiendo oído hablar del



mesianismo, inicia en el año 94 una persecución contra los judíos y contra los cristianos. La persecución se extingue al cabo de dos años a causa del asesinato del Emperador y de la nueva actitud de su sucesor, Nerva; pero ya había provocado bastantes víctimas, no sólo en Roma sino también en las provincias, aun sin ser excesivamente cruel, como reconoce el mismo Tertuliano en su Apología.

La persecución de Domiciano, y sobre todo sus motivaciones políticas y religiosas –el culto al emperador y la ofrenda al templo de Júpiter Capitolino–, provocan, después de casi treinta años de tolerancia, un gran escándalo entre los judíos y los cristianos. Estos últimos, en general bien dispuestos hacia la institución imperial, expresan ahora, durante los años 96-97, su protesta y condena a través del libro del Apocalipsis, obra atribuida al apóstol Juan, en la que el paganismo perseguidor está representado por la «bestia», que exige que se la adore, y la Roma pagana y perseguidora por Babilonia, personificada por una prostituta montada sobre la bestia. A este mismo período de la persecución de Domiciano (94-96) se remonta el que se puede considerar el primer escrito de la literatura patrística: la Carta a los corintios de la Iglesia romana, unánimemente atribuida a Clemente, tercer sucesor de Pedro (después de Lino y Anacleto, de los que apenas se sabe nada de valor histórico).

En este documento, tras unas amonestaciones generales, se exhorta a los cristianos de Corinto a que permanezcan en concordia –algunos jóvenes se habían rebelado contra las autoridades eclesiásticas– y se sometan a los sucesores de los apóstoles, concluyendo con una larga oración. El autor de la carta muestra ser un cristiano helenista –un judío de la diáspora–, y podría haber sido el dueño de la casa del siglo I que se ha hallado bajo las dos iglesias superpuestas de San Clemente existentes en Roma, junto al Coliseo, inaugurado precisamente por el emperador Tito el año 80, poco antes de que se escribiera la carta.

Hacia el 96, por tanto, el cristianismo, que se ha consolidado ya suficientemente en sus estructuras y en su doctrina, configura su propia fisonomía frente a los judíos –teniendo en cuenta la crisis del judeocristianismo, que se comentó en el número anterior– y frente al estado pagano –debido al rechazo que supuso la persecución de Domiciano–. La carta de Clemente Romano, por su parte, constituye un testimonio notable de la «solicitud por todas las Iglesias» (*es decir por todas las comunidades cristianas existentes en ese momento*) (cf 2Cor 11,28) practicada por la Roma cristiana casi desde los comienzos.

Texto tomado del libro Historia de la Iglesia: Desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días, de Juan María Laboa.